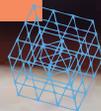


A group of children, including a boy in the center with his hand on his chin, are sitting on the floor. They are wearing orange t-shirts. The background is dark and out of focus.

# Reconocer al otro

Pilar Posada Saldarriga  
Asesora Pedagógica  
Universidad de los niños EAFIT

Imagen: Isabella Pérez comparte las conclusiones de su grupo con el investigador y los participantes en el taller ¿Cómo pueden las personas interactuar mejor con las máquinas?



*Existen para recibir, para ser lugar de acogida; para hacerse responsables de lo que el niño trae, para decirle que ahí tiene un lugar, que cuenta, que sus palabras, vengan de donde vengan, serán escuchadas.*

Marta Lorena Salinas, Gabriel Jaime Murillo,  
Informe de evaluación de impacto Universidad de  
los niños EAFIT, 2012

*Una reflexión sobre lo que significa escuchar, una condición imprescindible para crear verdaderos espacios de diálogo entre niños, jóvenes, estudiantes universitarios, profesores e investigadores.*

El diccionario de la Real Academia de la Lengua, RAE, define así los verbos oír y escuchar: *oír*: percibir con el oído los sonidos; *escuchar*: prestar atención a lo que se oye.

Se puede notar en estas definiciones que *oír* designa un evento meramente fisiológico. El oído oye y por tanto la persona que tiene oídos oye, mientras que *escuchar* implica una intención del sujeto, una voluntad de implicarse “subjétivamente”: prestar atención a algo que en su comienzo es un evento meramente fisiológico.

Esta distinción permite alumbrar un poco más una cuestión que la Universidad de los niños ha definido como una intención primordial del programa: escuchar a niños y jóvenes.

Los participantes, los padres de familia, los maestros de los colegios, los profesores e investigadores de la Universidad reconocen

que en el programa hay algo inusual, novedoso, en la forma en que se escucha a niños y jóvenes y se conversa con ellos. Algo a lo que no están acostumbrados y que les resulta positivo, esperanzador, como puede constatarse en algunos testimonios recogidos en el informe de evaluación de impacto realizado por Marta Lorena Salinas y Gabriel Jaime Murillo, en 2012:

**“En el colegio todo es más rígido porque sólo está el tablero, mientras que aquí hay conversación, hay opiniones, es más dinámico y todos nos podemos unir prácticamente como si estuviéramos en un debate de ideas”.** (Palabras de un niño en el grupo focal)

**“Aquí hay una comunicación muy refrescante; uno habla y no siente una presión. Hay una autoridad, obviamente, y a alguien que es mayor y que sabe más que tú hay que respetarlo, pero no te intimida.**

**Es una comunicación en la que tú puedes hablar con la persona sin miedo**". (Palabras de un niño en el grupo focal)

**"Lo que uno ve, en general, en el entorno de los amigos, los compañeros, es la capacidad de sostener una conversación; intervienen, opinan, hablan, cuestionan, preguntan"**. (Palabras de un padre en el grupo focal)

**"Ese es el trabajo que se hace aquí: escuchar. Vos dijiste una cosa y se te respetó; el otro opinó y también se le respetó. Se tienen en cuenta todas las opiniones y no se sienten burlados por nadie"**. (Palabras de un maestro de colegio en el grupo focal)

**"La metodología de la Universidad de los niños es participativa; ellos no se cohíben, dicen lo que quieren decir y tocan lo que quieren tocar. Se puede preguntar y se pueden equivocar"**. (Palabras de un maestro de colegio en el grupo focal)

**"Los niños no son teóricos, pero son unos interlocutores muy afinados; aun desde sus preguntas sueltas o sus consideraciones sin ningún marco teórico"**. (Adolfo Maya, profesor investigador de EAFIT)

Ahondemos pues un poco en lo que significa escuchar a niños y jóvenes. Las preguntas que orientan este sondeo son: ¿Qué más se puede decir sobre lo que significa escuchar? ¿Por qué se quiere escuchar a niños y jóvenes? ¿En qué convicciones se apoya este propósito? ¿Cuáles son sus fun-

damentos? ¿Qué sucede en una persona cuando se siente escuchada? ¿Qué se espera conseguir escuchando a niños y jóvenes? ¿Qué actitudes, comportamientos, implica el escuchar en quien escucha?

## Más allá de lo fisiológico: una respuesta al sujeto

Escuchar va pues más allá de lo fisiológico y de la simple atención como fenómeno sensorial. Implica el reconocimiento de dos subjetividades: la del que escucha y la del que es escuchado. El que escucha, como ya se dijo, no solo oye –pasivamente– sino que es activo: pone su atención en lo que oye.

Poner la atención es, en primer lugar, abrir un espacio para que entre lo que viene de afuera; permitir que el sonido llegue a mí, me afecte. En segundo lugar, implica conceder a lo escuchado, no sólo un lugar sino también una respuesta de mi parte. Implica poner en acción la facultad de comprensión y desciframiento de aquello que se ha oído, o sea, buscarle un sentido, darle significado.

En el caso de la conversación entre dos personas, escuchar al otro implicaría la puesta en escena de las siguientes cuestiones: ¿Qué me está diciendo? ¿Qué entiendo en lo que me dice? ¿Desde dónde me lo dice? ¿Qué deja de decirme? ¿Qué dice con su cuerpo, además de lo que dice con sus palabras?



Escuchar implica, de entrada, un reconocimiento al ser del otro. Al ser humano y al ser de lenguaje que el otro es. Quien escucha, reconoce que el otro tiene algo para decir. Le da valor a su intención comunicativa, a su pensamiento y a su palabra. Estar en actitud de escucha es conferirle dignidad –de ser pensante y hablante– al interlocutor.

Con niños y jóvenes esto adquiere particular importancia porque, por ser menores que los adultos, menos experimentados y estar en proceso de crecimiento –bajo nuestra responsabilidad y tutela–, son tratados, con no poca frecuencia, como seres con menor capacidad, personas que saben poco, piensan poco, a las que no es tan importante escuchar, sino enseñar, formar, instruir.

## ¿Por qué escuchar a los niños?

Escuchar es decirle al niño: creo en ti, en tu inteligencia, en tu palabra y sus posibilidades. Creo que puedes pensar y expresar tu pensamiento. Reconozco que en ti surgen muchas preguntas; que tienes opiniones, que sabes cosas. Son valiosas y me interesan.

Te escucho para conocerte, para entrar en relación contigo. Te escucho también por que sé que escuchándote te ayudo a creer en ti y en tu palabra y quisiera que el adulto que llegarás a ser un día devenga un ser de palabra plena; que pueda expresar sus opi-

niones, ideas, conocimientos ante el mundo, y pueda, a su vez, escuchar las de los demás.

Situarse en esta perspectiva, la de que vale la pena escuchar al niño y al joven, y hacerlo, tiene efectos importantes. Si uno les hace sentir que su palabra merece ser escuchada, y de hecho los escucha, ellos adquieren confianza en sí mismos: en su capacidad para pensar, hablar, discutir, argumentar. Es esa posibilidad hecha realidad lo que les permitirá volverse seres humanos capaces de expresarse, reflexionar y debatir.

Creemos que con esto se siembra en niños y jóvenes un semilla para llegar a ser hombres y mujeres participativos a través de su palabra en cualquier campo de la experiencia humana –conocimiento, investigación, vida civil, política, familiar, laboral–.

## Ser escuchado y escuchar

Sentirse escuchado es sentirse reconocido, validado, aceptado (aunque se intuya o sepa que el otro no está de acuerdo). Cuando uno siente que el interlocutor lo escucha, que tiene su atención puesta en lo que uno dice; cuando ve en él una intención de comprender qué está diciendo y por qué lo dice, se da una apertura.

Desaparece el miedo a expresar las propias ideas, a mostrarse, a expresarse. Por el contrario: la sensación de ser escuchado da tranquilidad, impulsa y motiva a manifestarse, a comunicar lo que se piensa.

Escuchar, como lo hemos dicho, implica un reconocimiento del otro, pero también implica una inhibición, momentánea de la palabra propia. Para atender lo que otro dice, hay, en primer momento, que desatender el murmullo propio; ponerlo a un lado para poder captar una secuencia de palabras venida de afuera y comprometer algo personal en ese acto. No es fácil. Vivimos, de modo permanente, ensimismados en nosotros mismos, en nuestras propias ideas y asociaciones.

De otro lado, nuestra cultura no es muy generosa en brindarnos pautas adecuadas de conversación. En Colombia no sabemos escuchar y conversar unos con otros. Nos arrebatamos la palabra, nos interrumpimos. Los colombianos somos debatientes impulsivos, impacientes, cargados de emotividad (baste ver una transmisión en vivo de una sesión del Senado). Ir contra esto, crear nuevos hábitos de conversación, es un aprendizaje que requiere un esfuerzo consciente y constante.

## Abrir espacios

Pero hacerse buenos interlocutores, oyentes, no se da así no más, de forma gratuita en el programa, como efecto natural de las buenas intenciones. No puede haber escucha a los niños si no hay espacios –claros y decididos– para darles la palabra; si los adultos de la Universidad de los niños no ponemos en suspenso, por momentos, nuestro incesante murmullo.

Se reservan en los talleres, las aulas vivas, las conversaciones con el profesor, espa-

cios y tiempos para que los niños hablen, hagan preguntas, expresen opiniones, debatan. No es siempre fácil porque fuimos educados en un esquema en el que el profesor, en un contexto académico, es el amo y señor de la palabra.

Entonces, al ocupar el lugar de profesor o el de tallerista tendemos, automáticamente, a situarnos en: “Yo soy el que sé; yo soy el que debo hablar”. A los profesores e investigadores de la Universidad que trabajan en el programa se les dice: “Oigan a los niños, tomen en serio sus preguntas, respondan a ellas con la misma seriedad y respeto que ustedes pondrían si las preguntas vinieran de un par académico”. A los talleristas se les recomienda: “No respondan todo, no expliquen todo. Pongan a pensar a los niños. Déjenlos hablar sobre lo que piensan. Escúchenlos, permítanles construir hipótesis, equivocarse, buscar soluciones”.

Para terminar, se puede establecer, o mejor, hacer visible la relación entre “escuchar” y el lugar que las preguntas de los niños tienen en el programa. Darles importancia a las preguntas de los niños es, desde el inicio mismo del programa, una manera de escucharlos, de reconocer su voz. Porque uno de los modos por excelencia como se manifiesta su palabra es través de las preguntas que continuamente hacen al mundo. ●

